

Matt Haig

**EL TREN
DE LA MEDIANOCHE**

Traducido del inglés
por Teresa Lanero Ladrón de Guevara

AdN

«¡Ningún arrepentimiento puede enmendar
una oportunidad perdida en la vida!».

Cuento de Navidad

CHARLES DICKENS

Luna de miel

Mientras el taxi acuático surcaba la laguna a toda velocidad, los dos jóvenes recién casados miraban al frente llenos de asombro.

Wilbur le apretó la mano a Maggie y se inclinó hacia ella, ambos sentados al final del barquito. Frente a ellos, el sol rutilante sobre el agua.

—Te quiero, señor Budd —dijo ella; unas palabras tan naturales como respirar.

—Yo también te quiero, señora Budd.

Maggie se rio, con una risa suave, de lo gracioso y oficial que sonaba.

Agarrados de la mano en aquel barco que se zarandeaba hacia el centro de la ciudad, entrelazaron los dedos como raíces enmarañadas. El 9 de agosto de 1974.

Wilbur apartó la vista del paisaje que se extendía frente a ellos para mirar a la persona que conocía desde pequeño.

—Siempre vamos a estar así, ¿verdad? —le preguntó Maggie.

Él sonrió de un modo alentador.

—Pues claro. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

Se besaron mientras la laguna se fundía con el Gran Canal.

—No sé. El tiempo cambia las cosas.

—Pero mira Venecia. Lleva cientos de años sin cambiar. Podríamos estar perfectamente en 1574, en vez de en 1974.

Ella miró hacia la ciudad.

—Sí. Ignoremos el paso del tiempo. Seamos Venecia.

Él la contempló mientras ella levantaba la cámara Pentax, regalo de bodas de su padre, y apuntaba hacia el Palacio Ducal, con su fachada de piedra rosa y blanca y sus intrincados arcos, justo por encima de la laguna, como un delirio febril bizantino.

—Para siempre —añadió Wilbur entre risas.

Ella le pasó la mano por el pelo alborotado, que había alcanzado casi la máxima longitud que tendría en la vida.

—Para siempre...

El barco redujo la marcha.

—Ahí está —dijo el barquero mientras señalaba hacia un edificio de terracota, bonito aunque algo destartado—. El Hotel Proserpina.

Wilbur y Maggie nunca habían estado en el extranjero, y la imagen les pareció exótica y prometedora. Y ninguno de ellos, en ese momento, vio la figura que los observaba desde la orilla, alguien tan parecido al propio Wilbur que habría sido imposible diferenciarlos.

Una hora más tarde estaban sentados a la sombra, en un cómodo silencio, tomando vino en un café junto al Gran Canal y observando cómo cobraba vida la ciudad.

Wilbur llevaba las mismas sandalias, los mismos pantalones acampanados y la misma camisa de manga corta verde con grandes cuellos que se había puesto para viajar en avión, y Maggie lucía un mono naranja. Él le dijo que parecía una estrella de cine y ella le contestó que era un exagerado, aunque sonrió de todos modos.

Un *vaporetto* cargado de turistas pasó resoplando por delante de ellos. Maggie comenzó a recordar detalles de la boda.

—Nunca había visto a tu madre tan contenta —dijo—. No mencionó a... —Se quedó callada; no quería echar a perder el momento.

—¿A Dougie? Ya, no lo mencionó. No había visto así a mamá desde que pasó aquello. Creo que la ginebra ayudó. Tu padre también...

—Mírate —dijo Maggie, sonriendo bajo el resplandor del sol.

—¿Qué me pasa?

—Aquí sentado, como un emperador.

—Estoy feliz.

—Como debe ser. Es tu luna de miel.

Wilbur notó que ella lo estudiaba un poco más de cerca.

—¿No estás pensando en la tienda?

Él sacudió la cabeza.

—La verdad es que no —mintió. O mintió a medias—. En este instante no. Solo pensaba en ti. Y es un pensamiento bastante entretenido...

En ese momento, aquella alegría no era extraordinaria. Manaba como un riachuelo entre los dedos abiertos y ambos imaginaban que siempre sería así, que el riachuelo nunca se secaría. Que fluiría sin cesar y jamás tendrían que preocuparse de cuál era su fuente. Que nunca tendrían que esforzarse por recoger sus aguas y beber de ellas, como si la vida fuera una luna de miel eterna.

Tras el vino, dieron un paseo hacia la iglesia de San Giovanni Elemosinario. Maggie, alegre, se puso a cantar un fragmento de su canción favorita, *Bridge Over Troubled Water*, cuando divisaron el puente de Rialto a lo lejos.

Se cruzaron con varias parejas italianas elegantes. Camisas abiertas y vestidos glamorosos. Un músico callejero que tocaba el acordeón. Un anciano norteamericano que fumaba pipa y hablaba de jazz con su compañero.

—Es tan distinto... ¿Verdad? —observó Maggie.

Levantó la vista y miró a su alrededor, para absorber los colores. Terracota y rosa, una pizca de amarillo, las contraventanas azules, todo parecía bañado en miel bajo la luz del sol.

—¿Tan distinto de qué?

—De todo lo que conocemos.

Él se echó a reír. Nunca había sentido tantísima felicidad. Era más feliz de lo que jamás imaginó durante los días aciagos. Paseando junto al canal, contemplando a la mujer a la que adoraba.

Volteó hacia Maggie, que sonreía de oreja a oreja, llena de vida. Su rostro era tan franco y puro como cuando la conoció. Igual que toda ella. Tan dura como el acero de Sheffield y tan cálida como el sol. Estaba cautivado. Maggie era capaz de hacerlo olvidar temporalmente las heridas del pasado y él esperaba hacer lo mismo por ella. Su intención no había sido enamorarse, ni de ella ni de nadie. El amor era algo peligroso, pero ahora que había sucedido, estaba agradecido. Con ella se sentía completo, como una pregunta que había encontrado su respuesta.

Wilbur detuvo a Maggie para besarla cuando estaban a punto de subir los escalones del puente de Rialto.

—Nos podríamos mudar aquí —dijo él. Luego, unos minutos más tarde, al pasar por delante de un puesto de libros que había en el puente, añadió—: Podría vender la tienda.

Bromeaba. Después de todo, acababan de llegar. Aunque en parte lo decía en serio. Porque conectaba con algo libre y espontáneo en su interior.

—¿A qué nos dedicaríamos? —preguntó Maggie, entregada a la fantasía.

—Tú podrías ser artista... o hacer de guía turística.

—Y tú podrías instalar un puestecito como ese del puente.

Fue entonces cuando Wilbur oyó el susurro. Algo cerca de su oído. Un aliento frío.

«Tienes que quedarte con esto».

El susurro hizo que Wilbur se sacudiera la oreja con la mano.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó Maggie.

—Ah, sí. Sería un mosquito.

Y no le dio más vueltas. A veces los pensamientos sonaban en alto. Solo era eso.

Agarró la mano de Maggie y se la apretó. Se sentía algo mareado y desconcertado por la gente y el calor, pero seguía más feliz que nunca.

Continuaron paseando, pero algo captó de repente la atención de Wilbur. Algo imposible de obviar. Maggie le lanzó una breve mirada

de preocupación. Tal vez creía que estaba pensando en su hermano. Pero no. Delante de ellos, bajo el pórtico, junto a un puesto que vendía esculturas de cristal, había una imagen tan insólita que llenó a Wilbur de pavor.

Un hombre, casi imperceptible en el aire. No era transparente, pero tampoco estaba del todo allí. El mismo hombre que los había observado cuando llegaron, solo que esta vez no pasó desapercibido. Un hombre que guardaba un asombroso parecido con Wilbur. Un *doppelgänger*. Las mismas sandalias, los mismos pantalones de campana, la misma camisa verde de manga corta con grandes cuellos. El pelo alborotado y las patillas largas. El mismo porte flaco de un metro ochenta y cinco. El Wilbur de veintinueve años de aquel agosto de 1974. El mismo que tenía el mundo en sus manos.

Ese otro Wilbur pareció darse cuenta de que lo había visto, así que saludó, como la cosa más normal del mundo. Wilbur levantó la mano levemente.

—Wilbur, ¿estás bien? —preguntó Maggie, preocupada.

No quiso alarmarla. Sacudió la cabeza.

—Sí. Es solo que el calor me está trastocando un poco.

—Vamos, chico —dijo ella, exagerando su acento del norte de Inglaterra—. Lo que necesitas es una buena iglesia tenebrosa y un poco de Tiziano con el que embobarte.

Él se echó a reír. Pero mientras avanzaba por la rampa, oyó algo más.

Un leve silbido, un traqueteo rítmico.

Casi como si un tren saliera de una estación.

Cincuenta y dos años después...

El hilo

Wilbur Budd murió alrededor de la medianoche, aunque le costaba recordar los detalles.

Había salido al camino de grava que conducía a su casa para despedirse de su profesora de piano.

—Gracias —dijo algo jadeante por el ir y venir dentro de la casa—. Que la pases bien esta noche en Cambridge.

La profesora de piano abrió la puerta del coche que la esperaba afuera. Tenía cuarenta y tantos años, la mitad que él, pero ya parecía ver la vida con bastante claridad. La mujer sonrió bajo el sol del atardecer mientras el jardinero de Wilbur, subido en la podadora, se ocupaba de la hierba que se extendía hasta un bosquecillo silvestre. Un sábado de abril. El cielo era azul; la brisa, suave, y el canto de los pájaros se oía por encima del tráfico lejano. Uno de esos días luminosos y frescos que salpicaban de esperanza la primavera.

—Seguro que sí. Y gracias por la conversación. Recuerda lo que te digo siempre: no intentes correr mientras tocas. Tómate tu tiempo... Despacio y con buena letra. La velocidad vendrá después.

—Sí —dijo Wilbur—. Supongo que sí.

Se sentía un poco aturdido. Con el estómago algo revuelto.

Wilbur levantó un brazo débil, pulsó el control para abrir la reja y dijo adiós con la mano mientras la profesora se marchaba por el camino rural. Después, recorrió la corta distancia que lo separaba de su casa.

Llevaba dos años recibiendo lecciones de piano, desde que vio un anuncio en el escaparate de una tienda de música. El médico le había hablado de la importancia de aprender cosas nuevas a sus ochenta y tantos años y él esperaba con ganas esa clase semanal.

Una vez adentro, caminó por el suelo de piedra de la gran sala hasta el piano.

Volvió a sentirse raro. Esta vez notó una presión en el hombro izquierdo que enseguida remitió. Se sentó al piano y empezó a practicar la pieza sin olvidar que debía tomarse su tiempo.

La música tenía una forma incomparable de abrirse paso a través de las décadas. Una canción, después de todo, era una aguja que jalaba el hilo del tiempo, que cosía momentos dispares para formar una totalidad. Era agri dulce. La aguja podía picar. Y esa pieza contenía demasiados recuerdos. Aunque su vida era lo que era. Y tuvo la vida que tuvo.

Iba por la mitad de la pieza, intentando tocar un mi bemol con el meñique, cuando sonó el teléfono. La línea fija. Tardó un rato en llegar hasta el aparato. Sus piernas ya no eran las mismas. Nada lo era. Se preparó para la llamada de algún vendedor o para una de esas estafas de voces robóticas. Eran las únicas llamadas que recibía últimamente.

Pero no. No era un robot ni un timo. No tenía nada que ver con publicidad ni con inteligencia artificial.

—Hola, ¿está Wilbur?

Era una voz que llevaba mucho tiempo sin oír. Décadas, en realidad. Sonaba algo más suave. Algo más débil. Pero, sin duda, era ella.

Maggie

—Maggie. Dios, Maggie. ¿Eres tú?

Perdió un poco el equilibrio y se sentó en la silla más cercana. En el otro extremo de la sala, sobre la chimenea, había una foto de bodas entre varios trofeos de Empresario Británico del Año: Wilbur y Maggie saliendo de la iglesia.

—Sí, soy yo.

—¿Cómo conseguiste mi número? —De inmediato, se arrepintió de la pregunta. Sonaba muy a la defensiva. Que ella tuviera su número y que lo hubiera llamado era lo que más deseaba del mundo, pero la frase le había quedado fatal.

—Me lo diste tú, ¿te acuerdas? Me mandaste un mensaje por Facebook hace seis años.

—Ah. Ah, sí. Claro, fui yo. Claro. Creía que no habías leído ese mensaje.

—Lo leí. No entro mucho en Facebook, pero lo leí. Solo que no sabía qué decir...

Wilbur sintió de nuevo la presión en el hombro. Miró la fotografía de bodas a través del acrílico distorsionado de uno de sus trofeos. La risa de Maggie y la sonrisa despreocupada de Wilbur. Sobre el papel, su matrimonio había durado veinte años. Aunque, si era sincero, se había terminado mucho antes. No obstante, en aquel momento iba a ser para siempre.

—¿Dónde estás?

—En Sheffield. ¿Y tú? En Bedfordshire, ¿no?

—Sí, en Clophill. Es un pueblito precioso. —Estuvo a punto de añadir: «Pero estoy muy solo»—. Maggie, qué alegría saber de ti...

Era extraño. Después de tantos años, no sabía cómo hablar con ella. Era como si el paso del tiempo aportara una formalidad propia. Como si la persona con la que habías dormido a diario se convirtiera en una desconocida tras años de silencio. Como si, salvo durante breves intervalos, en la naturaleza de los seres humanos estuviera mantenerse a una distancia imposible a unos de otros.

Volvió a intentarlo.

—Hay cosas que quiero decirte. Que quiero preguntarte, para reparar el daño...

—No seas bobo, Wilbur. Eso es agua pasada...

—Es gracioso que digas eso. Empecé a tocar el piano. —Bajó la vista hacia sus manos avejentadas. Las venas, como un mapa hacia una ciudad ignota—. Recibo clases todos los sábados. Y he estado tocando *Bridge Over Troubled Water*, que habla de agua pasada, y me he acordado de lo mucho que te gustaba esa canción. Me recuerda a aquella época.

—Los buenos tiempos.

—Sí. Los buenos tiempos...

—Wilbur. Wilbur.

Ese segundo «Wilbur» contenía cierta dureza. Se dio cuenta de que estaba parlotteando sin haber preguntado por ella.

—Lo siento, Maggie. ¿Cómo estás tú? Ha pasado mucho tiempo. Vi en internet que celebraste una exposición en...

—Ah, eso fue hace años —dijo, casi con timidez—. Ya casi no hago nada.

Le preocupó que fuera a contarle que se iba a morir. Esa parecía ser la principal razón por la que las personas de su pasado se ponían en contacto con él: para decirle que iban a morir, ellas o algún conocido.

—Qué tontería.

—¿Qué es una tontería?

—Haberte llamado.

—Me alegra saber de ti.

—Bueno, no tenía ninguna razón para llamarte. De hecho, siempre me dije que nunca te llamaría...

—Ah. Bueno. Sí.

—No por rencor ni nada de eso. Solo que es un poco triste, ¿no? Sin embargo, hace poco pensé que sería... En fin, que quería oír tu voz. Lo cual puede parecer ridículo.

—No. Para nada. —Entonces Wilbur sonrió—. Mi voz es muy especial.

La risita de Maggie acabó con una inflexión triste.

—Bueno, aún conservas parte de tu acento. Una pizca.

—Una pizca.

—Supongo que podría haberte oído en una de tus charlas de internet. O en alguna entrevista de la tele.

—Uy, mejor que no...

—Solo quería oírte.

Pensó en la vez que se sentó junto a Maggie en una banca del parque mientras ella dibujaba el estanque, hacía una eternidad.

—Pues aquí estoy. Tengo tanto que preguntarte... Quiero saber muchas cosas.

Se produjo un pequeño silencio. Imaginó que Maggie pensaba: «Ojalá siempre hubieras sido así».

Pensó en la cantidad de cosas que no sabía de ella. En todos los misterios que se habían creado tras décadas de separación. ¿Tenía pareja? ¿La había tenido? ¿Era feliz? ¿Había hecho nuevos amigos? ¿Conservaba a alguno de los antiguos? ¿Qué programas de televisión veía? ¿Cómo pasaba los días? ¿Cuál era su calidad de vida? ¿Cómo andaba de salud? ¿Aún caminaba bien? ¿Qué pensaba del estado del mundo? ¿Qué paisaje admiraba desde su ventana? ¿Había probado alguna vez el *matcha*? ¿Cómo se encontraba?

—En realidad no sé si quiero contarte nada —replicó Maggie.

A Wilbur se le nubló la mente.

Miró la foto de bodas durante unos instantes más. La sonrisa de Maggie bajo el sol de aquel agosto al salir de la iglesia de St. Timothy entre una nube de confeti. Tanta felicidad. Sus antiguos amigos enmarcaban la imagen: Charlie, Claudette, Doreen. Ya no eran más que nombres. Personas que ni siquiera sabía si estaban vivas. La fragilidad del pasado.

—Anoche soñé contigo —dijo Maggie—. Con nosotros. En el sueño no pasaba gran cosa, pero era tan real... Era antes de Londres. Estábamos en la casa de Broomhill, hablando, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero éramos felices. Muy felices. Qué tontería. Me pregunto por qué, anoche, fue...

—Ay, Maggie. Yo también sueño con nosotros.

—Nunca me acuerdo de los sueños, pero esta mañana sí. Lo siento. Creo que es mejor que cuelgue. Es demasiado. Solo necesitaba...

—Pero si acabas... —Wilbur se detuvo. No quería que colgara. Era una tortura oírle tan solo unos instantes y que terminara. Pero sabía que ella no le debía nada. Así era la vida. Nadie podía cambiar lo sucedido. Y habían sucedido muchas cosas. Sencillamente así tenía que ser.

Sin embargo, no pudo evitarlo.

—Me gustaría volver a hablar contigo. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo ella con voz frágil y envejecida—. Me gustaría.

Un fragmento

Wilbur colgó y se percató de que estaba sin aliento. Como si hubiera corrido un maratón. Pero sintió el repentino impulso de buscar algo. Quería la carta de Maggie. La prueba del tiempo que pasaron como pareja o, mejor dicho, el primer registro de su separación.

Llevaba años sin leerla. Estaba bajo uno de los aleros del desván, detrás de una puerta. Se dirigió hasta allí y se colocó a cuatro patas para llegar mejor al interior del armario, por detrás del caos de facturas, documentos viejos y revistas especializadas. Las motas de polvo flotaban alrededor de su cabeza como una galaxia en miniatura.

—¿Qué estás haciendo, Wilbur? —murmuró para sí mismo—. Viejo loco.

Entonces la encontró. O, al menos, una de sus hojas. La última. Trató, sin éxito, de hallar las demás mientras pasaba por alto el hecho de que cada vez se sentía peor. Ahora jadeaba y, al levantarse, la cabeza le dio vueltas. Se recuperó y bajó la escalera con la página amarillenta en las manos.

La última página de la carta de Maggie

[...] Estás siempre en otra parte, incluso cuando te tengo a mi lado.

Para mí es importante no sucumbir a la fantasía. Dudo que llegue a viajar por el mundo. Imagino que me consumirán las crecientes necesidades de atención de mi padre en Sheffield.

En cualquier caso, esto no es fácil.

Sé que me consideras fuerte, pero no lo soy.

En estos momentos me siento tan frágil como una hoja al viento.

Es como si hubiera aguantado la respiración durante toda esta carta.

Siento que, si exhalo, me echaré a llorar y nunca pararé.

Sé que pasaste por muchas cosas cuando eras joven, igual que yo. Pero no podemos quedarnos atrapados en eso toda la vida. No puedo cambiarte. Ni siquiera puedo cambiarme a mí misma.

Es desgarrador. Pero a veces tienes que dejar que se te rompa el corazón para seguir vivo.

Quiero que lo comprendas.

También quiero que comprendas que nuestro amor sigue ahí. ¿ Te acuerdas de mi teoría absurda sobre el arte, cuando decía que la gente se hace vieja con el arte, pero que ese arte

siempre se mantiene nuevo? Bueno, pues pienso que con el recuerdo pasa lo mismo. No sé cómo explicarlo, pero me gusta creer que seguimos, de algún modo, en el teatro, cuando te acercaste a mí. O en el día de nuestra boda. O en la luna de miel. O mirando las estrellas una noche de borrachera. O felices, mientras pegamos el papel tapiz en Broomhill.

Te quiero, Wilbur.

Pero también te dejo.

No sé dónde se esconde el pasado, pero nos veremos allí.

Un beso,

Maggie

A kilómetros de distancia

Mientras leía esas palabras, un fuerte dolor de cuello se apoderó de Wilbur, un dolor que descendía por el brazo acompañado de presión en el pecho. Cuando terminó de leer la carta, ya era tan intenso que eclipsó todo lo demás, de manera que su entorno parecía hallarse a kilómetros de distancia. Tambaleante, salió a pedirle ayuda a Josh, el jardinero, que seguía subido en la podadora. Wilbur consiguió llegar al jardín antes de desplomarse, mientras la carta se quedaba tirada sobre las baldosas de la cocina sin que nadie volviera a leerla jamás.

La Estación Wilbur

Wilbur no se despertó en la ambulancia. Tampoco se despertó en el hospital de Bedford. Cuando pasaba un minuto de la medianoche, su corazón latió por última vez.

Estaba muerto.

Y lo interesante de la muerte es que, una vez muerto, no tienes el pensamiento de que lo estás. Al igual que la vida, llega como un hecho evidente por sí mismo.

Eso no quiere decir que no fuera confuso. Ni inquietante.

No cabe duda de que lo era.

Pero, al principio, justo después de morir, había sentido una luz.

En realidad no se trataba de esa luz blanca de la que había oído hablar. No era algo hacia donde dirigirse, sino algo que ya estaba ahí. Tenía más bien un color amarillo claro, como el sol a través de una capa de nubes espesa.

Experimentó una breve sensación de calma.

De armonía.

Quizá eso fuera todo. Quizá siempre iba a ser así. Flotar en luz dorada durante toda la eternidad. Un alma suspendida en un vacío feliz.

Una existencia fuera del tiempo, de la presión y de la preocupación.

Pero entonces empezó a caer sin que hubiera nada debajo de él, como si pesara cada vez más, hasta que aterrizó dentro de sí mismo.

O de algo parecido a él. Algo parecido a un cuerpo. Miró a su alrededor. Ahora estaba en un sitio más oscuro, pero todavía veía bastante bien. A su espalda había un muro de ladrillo rojo y, por debajo, asfalto. Le recordaba un poco a la primera estación que había visto en su vida, pero en lugar de un cartel que decía «SHEFFIELD» había uno donde se leía «WILBUR».

La forma en que estaba experimentando el momento de la muerte era una especie de estación de tren.

Un andén desierto en medio de la nada. Sin tren.

—Esto... —dijo con agitación. Pero estaba demasiado estupefacto para terminar la frase. Hasta el hecho de hablar era sorprendente. Su mente reverberaba como si el sonido procediera de unos platillos cósmicos gigantes.

El suelo terminaba un poco más adelante, frente al desnivel donde se encontraban los rieles de acero y las traviesas de madera de las vías.

Vio algo que giraba en el aire.

Un pequeño rectángulo de cartón. Estiró el brazo para agarrarlo. Era un boleto con las siguientes palabras impresas:

Solo ida

El Tren de la Medianoche

Hora de salida: 00:01, domingo 19 de abril

—¿Hola?

Pero no había nadie por allí. No había nada que hacer, salvo esperar.

El Tren de la Medianoche

Lo más raro de todo, dado que se trataba de la muerte, era que en los últimos años nunca había respirado tan bien como ahora.

No era —como es lógico— una respiración real. Pero la sensación era la misma. Una especie de recuerdo procedimental del alma. Del mismo modo que sentía el cuerpo. Aunque no. En realidad no sentía el cuerpo. El cuerpo en el que ahora habitaba no dolía ni estaba agarrotado. Parecía como si sus dedos pudieran tocar el piano con facilidad.

Bajó la vista y vio que llevaba puestos pantalones de campana, una camisa de poliéster verde de manga corta y una chaqueta ligera con la solapa ancha. Los dedos de los pies le asomaban de unas sandalias que no se ponía desde los años setenta. No tenía juanetes. Se vio los brazos bronceados y jóvenes.

Se palpó la piel juvenil de la cara. No del todo juvenil —ya que notó una barba incipiente—, pero tersa y casi lisa. Excepto por las largas patillas.

Había energía en su interior. Una energía bastante excepcional. Una especie de llama que había brillado y que se había extinguido a lo largo de los años, pero que en ese momento volvía, lista para ser admirada. Ese era el gran problema de la vida. Te proporcionaba los días, uno tras otro, de manera que sus valiosos milagros se convertían en una norma a la que no se le prestaba atención. Pero ahora volvía a sentirla.

Estaba vivo.

Y a continuación oyó algo en el aire.

Un quejido cada vez más fuerte.

Un traqueteo mecánico. Un sonido rítmico creciente, acompañado de un silbato. Un tren.

Mientras se acercaba, vio unos penachos de humo. Era un tren de vapor. Lo identificó como un expreso de pasajeros con motor de tres cilindros y varios vagones. Lo supo porque de pequeño tuvo ese mismo tren, pero en miniatura. Era su tesoro. El Duque de Gloucester. Parecía exactamente igual, solo que este era más grande y resplandecía con una magnificencia azul oscuro e intenso.

Sin embargo, en lugar de llevar escrito el nombre Duque de Gloucester en la placa de identificación gris junto a la caldera, decía, con gruesas letras negras:

EL TREN DE LA MEDIANOCHE

Alguien salió del primer vagón.

Una mujer chapada a la antigua, aunque no especialmente vieja.

Iba vestida como de otra época, es posible que de la misma época del tren. Falda larga y ajustada, blusa de estilo clásico y sombrerito *cloche*. Tenía una postura perfecta y la boca pequeña y severa. A Wilbur le pareció conocerla de algo.

—Muy buenas, te estaba esperando —dijo con la voz algo trémula y un acento entrecortado y obsoleto que a Wilbur le resultó familiar, aunque no sabía por qué.

—Disculpe —dijo Wilbur—. Permítame que le pregunte..., ¿quién es usted?

—Podemos tutearnos. Me llamo Agnes y este es el Tren de la Medianoche.

La muerte era también la muerte de la cordura, o así lo parecía.

—Perdona —replicó Wilbur exasperado, perplejo, asustado—, espero que no te moleste si te pregunto..., ¿de qué demonios me estás hablando?

De lo que Agnes hablaba

—Cuando ibas de pequeño a la Librería Bagdale, años antes de que empezaras a trabajar allí, veías a una señora que por entonces dirigía el negocio —explicó Agnes—. Pues bien, esa señora era yo.

—¡Señora Bagdale! —exclamó Wilbur, como si todo encajara.

Doña Agnes Deborah Amaryllis Bagdale, de la Librería Bagdale, en Commercial Street, Sheffield. Cuando ella era joven, antes de que Wilbur conociera la librería, aquel lugar era increíble por dentro, aunque desde el exterior no parecía más que un local modesto ubicado, eso sí, justo al lado de una panadería. Los transeúntes se paraban a ojear los libros del escaparate e inhalaban el aroma del pan, que poseía el efecto casi mágico de otorgar a las novelas la apariencia de estar en su punto perfecto de cocción.

Era una librería que prosperó por tres razones.

La primera: no tenía competencia; era la única librería en una ciudad de casi quinientas mil personas.

La segunda: era uno de esos negocios donde nadie se sentía intimidado al entrar. Esto se debía, en parte, a Clementine, una fox terrier de pelo de alambre que siempre se echaba en algún rincón de suelo que no estuviera colonizado por pilas de novelas detectivescas.

Y la tercera, la razón principal, era la propietaria, la mismísima señora Bagdale. Aunque era de Norwich, se había trasladado a Sheffield, donde abrió una librería tras la muerte de su marido en las trincheras de Ypres.

Agnes Bagdale amaba los libros y amaba a la gente, y creía que la vida sería mejor si hubiera más personas que leyeran novelas de misterio. Aparte de eso —o tal vez por esa misma razón—, poseía una habilidad casi sobrenatural para emparejar a cada persona con un libro concreto. Hablaba con un trabajador siderúrgico que no leía desde pequeño y sabía, en cuestión de un minuto, cuál era el libro perfecto para él. Si percibía un brillo nostálgico en sus ojos, le ofrecía *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, por ejemplo. Si mostraba un especial interés por Clementine, le recomendaba *La historia del doctor Dolittle*, de Hugh Lofting.

«Los libros —dijo una vez— son espejos del alma. Por eso, si alcanzas a ver el alma de una persona, sabrás cuál es su espejo».

La librería prosperó. Pero al final la salud de Agnes se deterioró y su hijo Arthur tomó el relevo. Arthur Bagdale era diligente, pero carecía de la buena mano de su madre para vender libros y también de su encanto. Y con el paso de las décadas, la pasión, la atención personalizada y la fox terrier dieron paso a una sensación de simple supervivencia.

Aun así, a Wilbur siempre le había gustado la tienda cuando la visitaba de pequeño, en los años cincuenta, mucho después de que Arthur —el señor Bagdale, como él lo conocía— se hubiera hecho cargo de ella. A Wilbur le encantaba estar allí, aunque el señor Bagdale siempre lo reprendiera por no comprar nada.

En varias ocasiones coincidió allí con ella, con la señora Bagdale, que ya era una anciana que respiraba con dificultad debido a una bronquiectasia y que siempre estaba sentada leyendo a Raymond Chandler o a Patricia Highsmith o cualquier otra novela de detectives enrevesada. A menudo regañaba a su hijo por la gestión de la tienda, por su negativa a seguir sus preceptos para vender libros o, simplemente, para que tratara a Wilbur con amabilidad.

Y ahí estaba ella ahora, delante de él. La mujer amable, aunque temible y puede que inflexible, que de pequeño veía de vez en cuando, como una fotografía envejecida, en el fondo del almacén de la Librería Bagdale.

—Llámame Agnes, te lo ruego.

Wilbur tenía ochenta y un años y también estaba muerto, pero asintió como un colegial a quien acabaran de reprender.

—Perdón. Agnes.

—Me conociste al final de mi vida, pero a quien ves ahora es a mi yo de 1921. ¡En mi mejor momento! —confirmó Agnes—. Cuando era feliz, un año antes de abrir la librería.

—De acuerdo.

Un destello de tristeza cruzó el rostro de la mujer. Una pena demasiado profunda para darle voz. Recobró la compostura con una brusca inhalación y enderezó la espalda. Y entonces se lo contó todo.

La decisión de Agnes

—Soy un fantasma. Pero no un fantasma cualquiera. Estoy aquí para ser tu guía a lo largo de tu vida. De la vida que acabas de vivir.

—Pero...

—Verás, jovencito... Ya sé que moriste a los ochenta y un años..., pero mírate. Guapo y lozano. —Wilbur se miró de nuevo la piel tersa de las manos—. Supongo que yo soy tu manual de instrucciones personal. Y el Tren de la Medianoche no es más que el viaje que todo el mundo emprende al final de la vida. No siempre es un tren. Aunque por lo general es un medio de transporte. Para tu padre, fue un avión.

Wilbur se quedó pensando en esto. Le resultaba familiar. Hacía poco tiempo había mantenido una conversación con alguien sobre la vida después de la muerte, pero no se acordaba de los detalles. Era raro. Recordaba cosas de hacía décadas —como a Agnes Bagdale—, pero los días previos a su muerte le resultaban confusos. Como si la muerte fuera una niebla que se extendía y que poco a poco se disipaba por detrás de sí misma.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Como ya te dije, no soy un fantasma cualquiera. Al aceptar este papel, al decidir ayudarte, me otorgaron conocimiento. En gran parte soy el espíritu de Agnes Bagdale, pero me bendijeron con algunos extras para guiarte. Es lo que pasa cuando atraviesas los muros de la eternidad. Supongo que me puedes considerar el alma de una librera

combinada con la realidad del tiempo y del universo. Por eso mismo, sé todo tipo de cosas. Sobre ti, principalmente.

—Pero ¿esto qué es?

—Esto es la muerte. Donde la vida pasa por delante de tus ojos. Así es como sucede. Rápido y despacio. Como la vida misma...

Aunque Wilbur aceptaba la realidad de su muerte, era un poco lento a la hora de asimilar los detalles. Miró a Agnes.

—No. Detente. Esto no es real. Es una especie de delirio, un pensamiento tardío..., como un parpadeo cerebral después de morir. Una vez leí algo sobre eso... sobre las ondas cerebrales, que continúan un rato después de haber muerto...

Estaba claro, trató de convencerse, que Agnes era una especie de alucinación mortuoria, y ser irrespetuoso con una alucinación no era ninguna grosería. Aun así, se sintió mal por el tono que había empleado con ella.

Agnes se quitó una pelusilla del hombro y a continuación le dedicó una sonrisa vivaracha.

—Escucha, Wilbur. La realidad es distinta en la muerte. Y uno tarda en acostumbrarse. Dentro del tren, estarás en el mundo de la Muerte. Pero cuando el tren se detenga, viejo amigo, estarás en un tiempo pasado. Como un fantasma. Regresarás a un mundo muy real y muy vivo. Y después, en tu destino final, llegarás a la eternidad.

—¿La eternidad? ¿Te refieres al Cielo?

—Bueno, eso depende.

—¿De qué?

—De lo celestial que te parezca la idea de volver a ver a la gente.

—¿Quieres decir que podría ver allí a Maggie?

—Cuando ella muera, sí. La verás. Y también verás a otras personas. Gente que conociste en vida. A tu hermano, Dougie, por ejemplo...

Wilbur sacudió la cabeza con incredulidad.

—De hecho —matizó Agnes—, en la eternidad ves a quien quieres ver. Eres libre. Y feliz... O puedes serlo... Y todo eso.

—¿Cómo que puedo serlo?

—Sí. La felicidad depende de cómo veas tu vida. Esa es la razón principal de que exista este tren: ayudarte a entender tu vida... para que sepas qué fue. Ahora sí, ha llegado tu momento, viejo amigo. Tu boleto, por favor.

Wilbur miró a su alrededor. Reparó en que la estación no era una estación común. Era solo un andén. Y el andén apenas era más largo que el tren. El suelo pavimentado terminaba en una línea irregular, como el borde de un papel rasgado. Y, más allá: nada.

Aquel sitio parecía suspendido en el cosmos.

No había, en sentido estricto, adónde ir.

De modo que, tras unos segundos de deliberación, Wilbur se acercó a Agnes y le dio el boleto. Y, con cierto recelo, subió a bordo.

El cielo amarillo

Era un espacio anticuado. En lugar de filas de asientos solo había dos bancas mullidas, una enfrente de la otra, tapizadas de terciopelo verde intenso. El suelo era de tarima barnizada. Las paredes que rodeaban las ventanillas estaban revestidas de madera oscura.

El tren se puso en marcha. Al principio avanzó sin sobresaltos y Wilbur permaneció de pie, tieso como un palo, mirando por la ventanilla.

El cartel donde decía «WILBUR» desapareció de su vista.

—Allá vamos. —Agnes sonrió.

Wilbur, vacilante, esperó para ver qué sucedía cuando el tren abandonara el andén y se adentrara en la nada.

Y lo que sucedió fue que se sumergió en una especie de oscuridad turbulenta atravesada por algunas hebras ocasionales de luz, como si fueran hilos de algodón.

Entonces Wilbur notó su reflejo.

Vaya impresión.

Era, de nuevo, un hombre joven. Tenía la cara tersa, salvo por las anchas patillas. El pelo, que le llegaba por los hombros, era castaño en vez de gris y conservaba parte de su antiguo volumen. Tenía buen porte. Su apariencia era la de 1974. Sano con un leve toque bohemio. Nunca le había gustado su aspecto en aquella época, pero se dio cuenta de que no era, ni mucho menos, un hombre feo. Se ende-rezó un poco más.

—Estoy listo —murmuró mientras el tren vibraba con fuerza durante varios segundos. El movimiento lo hizo desplomarse sobre uno de los asientos.

—Tienes la edad en la que estuviste más cerca de tu verdadero yo —dijo Agnes—. Es una de las pequeñas rarezas de los fantasmas y, en mi opinión, bastante seductora. Llámame sentimental.

Wilbur bajó la vista hacia su camisa de manga corta y sus *jeans* acampanados. Los recordaba de las fotografías.

—Venecia —dijo. Su primer viaje al extranjero—. Tengo la edad que tenía durante mi luna de miel. Veintinueve años.

—Sí. Eso significa que fue entonces cuando eras..., en fin, cuando eras más tú.

Volteó de nuevo hacia la ventanilla. Era como mirar una especie de cuadro impresionista poco común.

Había un cielo amarillento un tanto extraño. Al fondo, una maraña indescifrable de personas y objetos. Sin embargo, en primer plano, las cosas eran un poco más nítidas.

Edificios que no parecían del todo firmes, algo oscilantes, más parecidos a barcos en el mar que a estructuras sólidas ancladas en tierra.

—Entonces, ¿dónde estamos? ¿Hacia dónde va este tren?

—«Hacia dónde» no, Wilbur —dijo ella con una risita taciturna—. Hacia cuándo.

El verdadero yo

No era de noche, pero tampoco era de día ni algo intermedio.

El cielo —Wilbur se percató de ello enseguida— era como el propio recuerdo. Podía contenerlo todo a la vez.

Un avión de guerra se inclinó en un ángulo peligroso.

—Ese es el avión de tu padre..., el que intentó pilotear a través de fuego enemigo.

Wilbur levantó la vista hacia el viejo Hurricane.

—¿Qué? ¿Y tú cómo sabes eso?

—Ya te lo dije: soy el universo. No es por presumir, pero lo sé todo sobre tu pasado, antes incluso de que fuera tu pasado. Y lo que vemos ahora son recuerdos que tú no llegaste a vivir, pero que están en tu interior, hechos sucedidos antes de que oyeras hablar de ellos, agolpados muy dentro de ti.

El avión explotó en el aire y desapareció. Wilbur lo buscó, pero ya no estaba, y percibió esa ausencia como un dolor reavivado. Había imaginado aquel incidente mil veces; de pequeño pasaba incontables horas mirando las nubes y pensando en aquel suceso, imaginando qué le habría pasado por la cabeza a su padre en esos últimos momentos. Era una cosa extraña, eso de lamentar la pérdida de alguien a quien no había conocido. El hombre que murió como un héroe meses antes de que él naciera. Ver las ondas de un estanque, pero no la piedra que las provocó. Y más extraño todavía era saber lo rápida que había sido la muerte de su padre en

comparación con la cantidad de tiempo que había dedicado a pensar en ella.

Sintió un pánico opresivo en el pecho. Una pena aplastante y opresiva, como si acabara de suceder.

Por instinto, cerró los ojos.

Agnes le habló:

—Hay mucho que asimilar, sin duda. Lo entiendo. Pero tienes que mirar por la ventanilla siempre que sea posible. No quiero ser quisquillosa, pero la vida pasa por delante de tus ojos con el objetivo de que la veas.

Wilbur se obligó a mirar.

Afuera, las cosas se volvían un poco más reales. Empezó a aparecer la forma de una ciudad. Tejados bajos de casas adosadas. Un chapitel lejano. La torre del reloj de un ayuntamiento. Wilbur reparó en que el paisaje ya no se tambaleaba.

Y de repente, con un suspiro y un silbido mecánicos, el tren se detuvo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Wilbur con el corazón aún acelerado después de presenciar la muerte de su padre en el cielo.

—Ahora te bajas del tren. Y, cuando vuelvas a oírlo, te subes de nuevo. Es muy sencillo.

Al otro lado de la ventanilla había un muro resquebrajado y una extensión de escombros. Al principio, no vio mucho más.

Agnes sonrió como una madre o un padre temeroso a las puertas de una escuela.

—Adelante, viejo amigo. Tu pasado espera. Pero prométeme una cosa: subirás de nuevo al tren cuando llegue. ¿Me lo prometes?

Wilbur no tenía ninguna razón para no volver al tren. A fin de cuentas, no quería perderse la eternidad.

—Te lo prometo.

Y entonces se dirigió hacia la puerta, en la parte delantera del vagón, listo para apearse.